

RAFEL BONILLA CEREZO, *Dos gauchos retrucadores. Nueva lectura del Fausto de Estanislao del Campo*, Murcia: Cuadernos de América sin nombre, 2010, 222 págs.

Dice el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia que la filología es la “ciencia que estudia una cultura tal como se manifiesta en su lengua y en su literatura, principalmente a través de los textos escritos”, pero también que es la “técnica que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos”. No es fácil ejercer como filólogo, ni en la primera ni en la segunda de sus acepciones, puesto que toda aproximación a un texto, sea como historiador o como crítico textual, representa un enorme acto de responsabilidad y de rigor, no exento de obstáculos epistemológicos que deben ser sorteados. El *Fausto* de Estanislao del Campo tiende ante sus críticos la trampa de su engañosa sencillez: un texto breve, de aparente facilidad de lectura, que se mira en un género muy concreto, la gauchesca, para dar una versión del mismo aparentemente desajustada.

Por eso, adentrarse en la tarea de realizar una edición crítica que, como en el caso de la propuesta por Bonilla, vaya acompañada de una introducción, que constituye un ensayo de ciento cincuenta páginas dispuesto a revolucionar la tradición de lectura del texto, no es una misión sencilla. No obstante, Rafael Bonilla demuestra que es un gran filólogo, puesto que no sólo edita el *Fausto* de manera impecable, sino que lo convierte en “objeto de cultura”, haciéndolo hablar de su tiempo, del lugar que ocupa en la literatura gauchesca, pero también invitándolo a dialogar con el romanticismo europeo; al tiempo que con Cervantes, Góngora, Lope de Vega etc. La buena literatura se alimenta de literatura, existe siempre en un presente eterno, y Estanislao del Campo no duda en hacer de ésta la materia de su trabajo.

La circunstancia que dará lugar a esta singular pieza gauchesca es resumida del siguiente modo:

La ocasión que dio pie al poema es bien conocida. El 24 de agosto de 1866 se estrenaba en Buenos Aires el *Fausto* de Gounod, ópera en cinco actos según la versión de Aquiles de Lauzierès, del libreto de Jules Barbier y Michael Carré. Entre el auditorio se hallaba Estanislao del Campo y el médico Ricardo Gutiérrez –dobles de los futuros

Anastasio del Pollo y Laguna–, que lo invitó a redactar en lengua criolla sus impresiones sobre la función (Bonilla, 2010: 21).

Un suceso tan ajeno a los géneros gauchescos: la contemplación de una versión del Fausto, se convierte en un desafío de escritura que hará surgir una pieza singular donde nada es lo que parece. Bonilla utiliza referencias a Cervantes, especialmente del *Quijote* y de “El coloquio de los perros”, para hacernos comprender que “El *Fausto* es un dispositivo de relojería, una mesa de trucos, en sintagma cervantino” (Bonilla, 2010:37). La estructura textual así lo revela:

Porque el texto posee un doble marco interdependiente. Todo se afirma o se niega en función de ambos: 1) El narrador crea y “contempla” el diálogo de Laguna y Pollo; 2) Laguna narra un suceso. Pollo lo escucha. Violentamente, Pollo lo escucha y comienza desgranar su visión de lo ocurrido en el teatro: la ópera. En el exterior, el lector contempla tanto uno como otro, deslizándose por ellos (Bonilla, 2010: 36).

Nosotros, como lectores, participamos del acto creativo, y quedamos fascinados por la frescura de un relato, donde la ironía nos invita a jugar con sus posibilidades, a instalarnos en la fuerza de su indecibilidad:

El Fausto, por su parte, es un lienzo genuinamente criollo que asume la fonética, los espacios y las aficiones –el tabaco, la ginebra– del género. Sin embargo, por arte de bibirloque, también los contempla a cierta distancia, ironizando los modelos (Hidalgo, Ascasubi), mezclándolos con notas cultas que afloran a la menor oportunidad (Bonilla, 2010: 46).

A lo largo del poema asistiremos al relato de El Pollo, capaz de contar una representación teatral con tal maestría, que casi nos sentimos dichosos de no haber ido al teatro. El cantor no sólo conoce su oficio, sino también está preparado de identificar las claves principales de la puesta en escena, creando interludios, al modo del teatro de los Siglos de Oro. En éstos el romanticismo emerge con toda la fuerza de su tópica:

La pintura reproduce los tópicos románticos: el símbolo del mar, como fuerza de la naturaleza y de la libertad, los acantilados, y, sobre

todo, el duelo del hombre con su destino. Nada que no hayamos leído cien veces en Espronceda, Byron, Shelley y Goethe. De hecho, también José Hernández filtrará este tipo de agregados escolares sobre el mar, el tiempo y la noche en distintos lugares de *Martín Fierro* (Bonilla, 2010: 109).

Estanislao de Campo demuestra que conocía la gauchesca, pero también que era un ávido lector, dispuesto a crear un universo intertextual, que haga de la literatura un espacio de goce, de homenaje a los clásicos del pasado y del presente, una biblioteca convertida en relato. Rafael Bonilla reedita ese mismo gesto y, a través de su estudio, nos invita a descubrir el universo de referencias del *Fausto*, pero también a recorrer la bibliografía desde la que ha sido leído, revelando sus aciertos y sus fallas, haciendo de la crítica un diálogo siempre productivo.

La propuesta de *Dos gauchos retrucadores. Nueva lectura del Fausto de Estanislao del Campo* acaba reproduciendo el mismo gesto de cajas chinas que el texto que se da a leer. Teodosio Fernández redacta un prólogo en el que dialoga con Rafael Bonilla, mientras éste lo hace con del Campo, creando un juego de voces cruzadas que restituyen a la literatura su verdadero sentido: el de un diálogo compartido.

Dijo una vez Jacques Derrida que “leer es dar a leer”, Rafael Bonilla nos entrega un texto que podría parecernos alejado de nuestro presente o anclado en una tradición que no es más que una curiosidad histórica. Sin embargo, al hacerlo como buen filólogo, lector productivo, no sólo nos invita a pasarlo bien conociendo a Margarita, el Pollo, el Diablo etc., sino a rescribir el texto como una encrucijada de sentidos que sí tiene que ver con nuestro presente. Un presente que está hecho de textos y de lecturas, donde Estanislao del Campo puede participar al haber aceptado ser un poco menos gaucho y un poco más lector.

BEATRIZ FERRÚS ANTÓN
Universitat Autònoma de Barcelona